

# **La Virgen de la Encina**

## **Cien años de su Coronación Canónica**

Carta Pastoral de Monseñor Camilo Lorenzo Iglesias  
Obispo de Astorga

Abril de 2008

### **INDICE**

#### **INTRODUCCION**

#### **CAPITULO I. CORONACIÓN CANÓNICA DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA ENCINA**

##### **Razones que motivaron la Coronación Canónica**

#### **CAPITULO II. CENTENARIO DE LA CORONACIÓN CANÓNICA DE LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA ENCINA**

##### **Cien años de la Coronación Canónica**

##### **Año Jubilar**

##### **La Indulgencia Jubilar**

##### **El óbolo de la viuda (Lc. 21,14) Misión parroquial**

##### **Necesidad de la conversión**

##### **Invitación a la alegría**

##### **“Vivid alegres en la esperanza” (Flp. 4, 4-7)**

##### **Ponferrada “Ciudad”**

##### **Cincuenta años del Colegio San Ignacio**

##### **Exposición de las Edades del Hombre**

#### **CAPITULO III. “ENERGÍAS SALVÍFICAS”**

##### **La oración**

##### **La parroquia escuela de oración**

##### **La Palabra de Dios y los Sacramentos**

#### **CAPITULO IV. LA INICIACIÓN CRISTIANA CENTRO DEL EMPEÑO PASTORAL DE LA DIÓCESIS**

##### **La evangelización misión de la Iglesia**

##### **La Iniciación Cristiana**

##### **Objetivos de la Iniciación Cristiana**

##### **La catequesis de Iniciación Cristiana**

#### **CAPITULO V.**

#### **CORRESPONSABLES EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE**

##### **La transmisión de la fe en la familia**

##### **El diálogo sobre la fe entre los esposos**

## **CAPITULO VI.**

### **LA EDUCACIÓN DE LA FE DE LOS HIJOS**

**Los padres primeros responsables de la Iniciación Cristiana**

**Despertar religioso del niño**

**Experiencia de oración**

**Desarrollo de la conciencia moral de los hijos**

## **CAPITULO VII.**

### **NUEVO ESTILO DE PASTORAL EN LAS PARROQUIAS**

**Parroquia necesaria e insuficiente**

**Exigencias de las estructuras de comunión: CAP y arciprestazgo**

**Bajo la acción del Espíritu**

**“Yo estaré con vosotros” (Mt. 28,20)**

## **CAPITULO VIII.**

### **RELIGIOSIDAD POPULAR EN RELACION CON MARIA**

**Alegría y retos del Año Jubilar**

## *La VIRGEN DE LA ENCINA*

### *CIEN AÑOS DE SU CORONACIÓN CANÓNICA*

Queridos diocesanos:

Con motivo de los extraordinarios acontecimientos que en este año 2008 celebra la comunidad cristiana de Ponferrada, y con ella todo el Bierzo del que Ponferrada es la capital natural, tengo el gozo de dirigirme a toda la Iglesia particular de Astorga en la que está presente, se realiza y actúa la Iglesia universal.

La ciudad de Ponferrada y la Zona Pastoral del Bierzo<sup>1</sup> gozan del intenso perfume mariano que desprende el esenciero de la Basílica de la Encina, y evoca eventos históricos felices, que han tomado de manera realista la temperatura a la vitalidad religiosa del Bierzo, oteando su porvenir y dando la alerta de centinela para evitar el agnosticismo del vacío y el vacío del agnosticismo ambiente. La celebración del Centenario de la Coronación canónica de la imagen de la Virgen de la Encina puede ofrecer a Ponferrada y al Bierzo una privilegiada ocasión para encontrar de nuevo su raigambre cristiana y ser el manantial generoso que llene de savia vivificante a los ciudadanos, familias, instituciones y parroquias.

**Razones que  
motivaron la  
Coronación  
Canónica**

#### **CAPITULO I**

#### **CORONACIÓN CANÓNICA DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA ENCINA**

El comienzo de la veneración popular de la Virgen con esta denominación de “Nuestra Señora de la Encina” se pierde en los siglos. Y no faltan indicios que la relacionan con la influencia apostólica del santo Obispo, peregrino a Jerusalén, Toribio de Astorga.

Pero sin entrar en la búsqueda de los orígenes de esta veneración, ciertamente antiquísima, evocamos como referencia y punto de partida para esta reflexión el acontecimiento, ciertamente de resonancia trascendente en la piedad cristiana de Ponferrada y del Bierzo, el hecho de la Coronación, que tuvo lugar

---

<sup>1</sup> La Diócesis de Astorga para atender mejor la acción pastoral y evangelizadora está dividida en cuatro Zonas pastorales, una de las cuales es el Bierzo; cada una cuenta con un vicario de Zona.

hace cien años.

Comenzaba a principio del siglo veinte la transformación social y económica de la Ciudad de Ponferrada -antes eminentemente agrícola- y de la comarca berciana, producida por una serie de hechos coincidentes e interrelacionados: La caída casi vertiginosa de la vinicultura como consecuencia de la plaga de la filoxera, el comienzo de la minería del carbón en la comarca, la construcción del ferrocarril y su paso por Ponferrada hacia Galicia, el paso de la carretera N. VI de Madrid a la Coruña por el centro de la misma ciudad de Ponferrada y la declaración del Bierzo como Provincia con su capital en Villafranca del Bierzo, dejó en la conciencia de las gentes una latente exigencia de aspirar a mejorar y promover la comarca berciana.

Todo este conjunto de realidades sociales, muy cercanas en el tiempo, impulsaron la transformación de Ponferrada en una ciudad pujante que comienza a desplegar una nueva etapa de desarrollo, avanzando agresivamente hacia un futuro más esperanzador.

Y esta nueva etapa, que empieza en los últimos años del siglo XIX, coincide con el comienzo de la superación del pesimismo y del desencanto religioso que en los años del siglo anterior habían difundido acontecimientos tan lamentables como la desamortización, los gobiernos ultraliberales y anticlericales, el modernismo religioso que propició tanto desconcierto en el pueblo cristiano y el caos social producido por la revolución industrial, contra el que se alzó la voz de la Iglesia, sobre todo de los Papas León XIII y San Pío X, dando nueva luz sobre la fuerza del mensaje del Evangelio, para llevar a cabo una transformación de la convivencia social desde las exigencias de la justicia.

Este renaciente optimismo y su manifestación en la nueva espiritualidad inspirada en una más viva participación del pueblo cristiano, en el conocimiento de la Sagrada Escritura y en la piedad eucarística (recordemos que es esta la época en que San Pío X impulsó la primera comunión de los niños en temprana edad y promovió el acceso del pueblo cristiano a la lectura de la Palabra de Dios) despertada en la comunidad cristiana de Ponferrada un creciente deseo de intensificar la devoción a la Santísima Virgen, que en esta advocación de La Encina era ya venerada como Patrona de Ponferrada.

Encina era ya venerada como Patrona de Ponferrada.

Con el afán de intensificar y difundir esta devoción y esta confianza en su patronazgo, con motivo de una Misión Popular, dirigida por los Padres de la Compañía de Jesús en noviembre del año 1870, surge la iniciativa de solicitar de la Santa Sede la Coronación canónica de la venerada imagen, ya que se daban las circunstancias necesarias para poder pedirla: Una devoción muy arraigada, representativa y numerosa, contar con especiales favores obtenidos de Dios para las comunidades y fieles de la comarca por la intercesión de la Santísima Virgen, contemplada en esta imagen, ser venerada durante varios siglos y contar con una talla digna de la advocación mariana y con un santuario debidamente proporcionado y atendido.

El Obispo diocesano en aquel momento, Mons. Julián de Diego y Alcolea, aceptó la idea con benevolencia y entusiasmo y solicitó a la Santa Sede la Coronación, y acompañó su petición con el apoyo de cualificadas Juntas de Caballeros y Señoras. Era Rector del Santuario el santo y sabio sacerdote D. Silvestre Losada Cariacedo, cuyo tesón y piedad fueron decisivos en esta petición a la Santa Sede.

La súplica fue decidida en muy poco tiempo, y la concesión pontificia fue firmada por el Emmo. Sr. Cardenal de la Santa Iglesia, Mariano Rampolla del Tíndaro en julio del año 1908, con la concesión al Obispo de *“la facultad de hacer por sí mismo o por medio de la persona que designare esta Coronación en nuestro nombre, imponiendo una corona de oro en la sacratísima cabeza de la predicha imagen y Niño Jesús conforme al ritual”*.

En aquel momento, hace cien años, bercianos y no bercianos respondieron maravillosamente –como consta en los datos documentales– ofreciendo donativos en metálico, alhajas y joyas, que se fundieron para hacer la nueva corona.

El acto de la Coronación fue no sólo un acto de entusiasmo popular, sino una manifestación de fe en Dios, de confianza filial en la intercesión maternal de la Santísima Virgen, y un compromiso de fidelidad a las exigencias de la fe recibida por todos en el Bautismo, que nos hace apóstoles y testigos del Evangelio de la salvación en nuestro mundo. Conscientes de lo que nuestra fe

Evangelio de la salvación en nuestro mundo. Conscientes de lo que nuestra fe debe a la intercesión maternal de Santa María, la Coronación de su imagen fue un acto de justicia y de gratitud.

## **CAPITULO II**

### **Cien años de la Coronación Canónica**

### **CENTENARIO DE LA CORONACIÓN CANÓNICA DE LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA ENCINA**

Ahora nos disponemos a celebrar, con gozo y con entusiasmo de hijos, los Cien primeros años de este acontecimiento en la vida cristiana de nuestra Ciudad de Ponferrada, de la comarca berciana y de toda la Diócesis.

¿Cómo aprovechar, inteligente y responsablemente, la gracia de este acontecimiento?

Con esta Carta, que confiadamente dirijo a todos los diocesanos, quisiera ayudaros a concretar algunos compromisos personales y comunitarios, para aprovechar las gracias divinas que no podemos dudar que Dios nos quiere conceder, al habernos regalado este Año Jubilar.

### **Año Jubilar**

Pero, entre todas las efemérides, quiero poner de relieve la importancia histórica, documentalmente comprobada, que tuvo la Coronación de la imagen de la Virgen de la Encina en la concesión regia del título de “Ciudad” a la que hasta entonces era considerada simplemente villa. No fue mera coincidencia que ambos acontecimientos se produjeran en el mismo año 1908. La Providencia dispuso las cosas de tal manera que del acontecimiento pontificio de la **Coronación de la Virgen de la Encina** naciera también la concesión, dada por el Rey Alfonso XIII, del título de “Ciudad” para Ponferrada.

Hizo **50 años**, el 6 de marzo de 1958, Ntra. Señora, en esta advocación de **Virgen de la Encina**, fue también declarada por su Santidad de feliz memoria Pío XII, **Patrona de Ponferrada y del Bierzo**.

El Año Jubilar que el Papa Benedicto XVI, a través de la Penitenciaría Apostólica, ha concedido a nuestra Diócesis, está dedicado a conmemorar el

Centenario de la Coronación Canónica de la Virgen de la Encina. Empezará el día 4 de mayo de 2008 y terminará el día 8 de Septiembre de 2009. Se trata, por tanto, de un año de gracias y bendiciones que está llamado a despertar en la conciencia de todos los bautizados, tanto del Bierzo como de la Diócesis, un generoso esfuerzo de respuesta a la llamada divina que supone siempre un Año Jubilar.

Desde la conciencia de que el Señor me ha llamado a servir a esta Iglesia como Padre y Pastor, os quiero exponer en esta Carta el significado espiritual y pastoral que implica la celebración del Año Jubilar: “*Despertar, fortalecer y transmitir la fe cristiana*” objetivo general de nuestro actual Plan Diocesano de Pastoral, intensificar la vida de oración, renovar la vida de nuestras comunidades, favorecer un nuevo ardor e impulso para la evangelización y el testimonio.

Cada uno de estos gozosos objetivos y acontecimientos sería motivo suficiente para dejar constancia de nuestra preocupación por aprovechar las muchas gracias que estamos seguros querrá derramar sobre nosotros el Espíritu Santo, poner todo el interés en la preparación y en el disfrute de su religiosa y familiar conmemoración renovando nuestro agradecimiento al Señor por todo ello. Porque si nada sucede para nosotros sin que intervenga la voluntad amorosa de Dios, que dirige con amor providente y con sabiduría iluminadora todos los acontecimiento de nuestra existencia, necesitamos considerarlos e interpretarlos como una cascada torrencial de gracias divinas para la comunidad cristiana de Ponferrada, para las parroquias del Bierzo, con la especial repercusión que sin duda tendrá en las demás Zonas Pastorales de nuestra Iglesia diocesana.

Pero en esta Carta pastoral que os dirijo con tanto afecto como ilusión pastoral y acariciada esperanza, quiero referirme especialmente al acontecimiento de los **Cien años contemplando e invocando con piedad de hijos a Nuestra Señora, la Virgen de la Encina, coronada como Madre y como Reina del Bierzo.**

El hombre de nuestros días, disperso en el vacío de la superficialidad, necesita concentrarse y, respondiendo a la llamada trascendente, orientar y dirigir sus pasos hacia la meta verdadera, “*hacia el galardón de la soberana vocación*”

**El óbolo de la  
viuda (Lc. 21,14)  
Misión  
parroquial**

*de Dios en Cristo Jesús*” (Flp. 3,14). La conversión significa cambiar de camino, de modo de pensar y de actuar dentro de la misma vida; y eso es tan profundamente doloroso y exigente como fuente de gozo. El amor perfecto, como integración total de la vida en la unión con Dios, redime totalmente al hombre, no sólo de sus pecados, sino también de sus consecuencias. Sin embargo, el hombre tiene la triste experiencia de que no es capaz de ese amor. La indulgencia plenaria, don del Jubileo, de la que podemos beneficiarnos una vez al día y que puede ser aplicada por las almas de los difuntos, es la gracia que Dios nos concede para que nuestra maduración en la conversión y en el amor se haga de manera cada vez más profunda, fácil y rápida.

Nunca seremos capaces de amar a Dios como Dios quiere y merece ser amado por sus hijos, si antes no tenemos la certeza de que somos amados de Dios.

Pero tampoco nos comportaremos como hijos, ni como seres inteligentemente agradecidos, si no correspondemos al amor con que Dios Padre nos ama, si no nos esforzamos, con tanta humildad como sinceridad en acoger el regalo divino de su amor. Sabemos que Dios no nos ama porque somos buenos y merecemos su amor. Nos ama porque Él es infinitamente bueno y misericordioso y se complace en hacernos felices al amarnos y al ofrecernos la oportunidad de corresponder a su amor.

**Necesidad de  
la  
conversión**

En su reciente Mensaje para la Cuaresma de este año 2008, también el Papa cita el ejemplo de la viuda pobre que es alabada por Jesús, cuando ella, para atender el culto del templo, entrega “*dos ochavos*”, (moneda insignificante para los administradores) pero muy valorada por Jesús porque “*ésta echó todo lo que tenía para el sustento*” (Lc 21, 1-4). En nuestra actividad pastoral, aun cuando pensemos que utilizamos instrumentos muy valiosos y eficientes para transmitir y comunicar la fe y hacer llegar a las almas la verdadera eficacia de lo que pretendemos conseguir, casi nunca podemos hacer más que la viuda del evangelio: damos lo poco que tenemos, siempre ilimitadamente desproporcionado al efecto que pretendemos: la conversión y santificación de los creyentes y la formación espiritual de los fieles.

creyentes y la formación espiritual de los fieles.

Probablemente, y derrochando esfuerzos y energías en la tarea, la Misión parroquial en el Bierzo es también el “*óbolo de la viuda*” alabada por Jesús. Pero el fruto de nuestro esfuerzo será la respuesta generosa de Dios a nuestra pobreza reconocida, aceptada y entregada.

Las deficiencias y sombras que amenazan la fidelidad cristiana de nuestras comunidades parecen aumentar agresivamente; es una experiencia dolorosa que nos hiere y nos humilla. Pero la fe y la confianza en el poder de la gracia de la que es portadora en sus pastores y en todos sus fieles, la Iglesia no nos autoriza a escondernos ni en el desaliento ni en el desencanto.

*“El tiempo jubilar nos introduce en el recio lenguaje que la pedagogía de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y a la penitencia, principio y camino de su rehabilitación y condición para recuperar lo que con sus solas fuerzas no podría alcanzar la amistad de Dios, su gracia, la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano”.* (Juan Pablo II, “Incarnationis Mysterium” Bula de convocación del Gran Jubileo del año 2000, nº 2)

Lo más importante y decisivo de un Año Jubilar es nuestra conversión personal. Tal como nos relata San Marcos, Jesús, al inicio de su predicación, tras el encarcelamiento de Juan Bautista, marchó a Galilea “proclamando la buena noticia de Dios. Se ha cumplido el plazo y está llegando el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc. 1, 14-15). La buena noticia es Cristo y el amor de Dios Padre que Él manifiesta al entregar su vida por nosotros. La conversión que Cristo nos pide es, sobre todo, un cambio de actitud, de criterios y de mentalidad. Y si lo es de verdad comporta un cambio de vida. La nueva actitud es la conversión, entendida en sentido literal de girarse y encaminarse en una dirección distinta.

## **Invitación a la alegría**

Los dones de Dios son siempre regalo celestial, ciertamente. Pero, porque son manifestación y expresión del amor que Dios, como Padre y como Creador y Redentor nos tiene, son también interpelación y llamada divina a la responsabilidad personal y colectiva. “*Sic nos amantem, quis non redamaret?*” (“*A Quien tanto nos ama, cómo no devolverle amor?*”) -reza el sabio aforismo de la espiritualidad cristiana-. para ayudarnos a comprender que “amor con amor

de la espiritualidad cristiana-, para ayudarnos a comprender que “amor con amor se paga”.

Para ver a Dios hace falta un corazón limpio (Cfr. Mt. 5,8). Es preciso atreverse a romper con las ataduras al pecado que nos envuelve y nos esclaviza. Hace falta coraje para esta ruptura. Las “gratificaciones secundarias” que obtenemos de nuestras esclavitudes pecaminosas y la escasa reciedumbre para asumir decisiones drásticas retardan la conversión. Un sordo malestar, cuajado de insatisfacción y de oscuro sentimiento de culpabilidad acompaña con frecuencia estas vidas. No es difícil detectar en el interior mismo de este malestar una llamada del Señor. No sería pequeño servicio el ayudar a los cristianos a interpretarlo de esta manera.

**“Vivid alegres en la esperanza”**  
(Flp. 4, 4-7)

### **Un Jubileo es siempre un regalo que invita a la alegría.**

En la Carta Apostólica con que Juan Pablo II, de feliz memoria, nos invitó a preparar el Jubileo del Año 2000, para conmemorar el Nacimiento de Jesucristo, nos recordó que *“en la vida de cada persona los jubileos hacen referencia normalmente al día del nacimiento, aunque también se celebran los aniversarios del bautismo, de la confirmación, de la primera comunión, de la ordenación sacerdotal, del matrimonio...De hecho, en la visión cristiana, cada jubileo... constituye un particular año de gracia para la persona...Y lo dicho sobre los jubileos particulares se puede aplicar también a las comunidades o a las instituciones”* (TMA, 15).

Sabiendo que *“el término “jubileo” expresa alegría, no sólo alegría interior, sino un júbilo que se manifiesta exteriormente”* (Juan Pablo II, TMA 16), nuestra Iglesia diocesana, y de manera más viva la Ciudad de Ponferrada y la comarca del Bierzo -por tener más cerca la venerada imagen de La Virgen de la Encina- se alegran de la celebración de estos **“Cien años”** de la Coronación de nuestra Madre. Pero nos alegramos, especialmente agradecidos a Dios y a la Iglesia, por habernos concedido el regalo de que esta celebración de los **Cien años** sea espiritualmente un **Año Jubilar**.

**Ponferrada  
“Ciudad”**

No es arbitraria esta vinculación que establece la Escritura entre alegría y esperanza. En efecto, lo contrario de la alegría no es el sufrimiento, sino la

**Cincuenta  
años del  
Colegio San  
Ignacio**

tristeza. El mensaje de la esperanza, asimilado por el creyente, nos asegura que nuestra vida tiene sentido. Tarde o temprano, sobre todo cuando las circunstancias frustran nuestros ideales u objetivos, surge al menos en las personas sensibles y despiertas, la pregunta por el sentido de nuestras búsquedas y esfuerzos. La esperanza brinda al creyente, cuando se encuentra desarbolada y desorientada, motivos para seguir en la brecha, porque le señala que incluso los fracasos no son pura y simplemente fracasos. La esperanza vivida nos garantiza el amor de Dios, cercano, personal, perpetuo y nos prepara para amar no sólo el proyecto de Dios, sino las personas involucradas en el proyecto. La alegría que nace de la esperanza es una predisposición a descubrir los aspectos positivos de la realidad, incluso en la contrariedad; lo que nos hace inasequibles al desaliento.

Y para que este Año Jubilar pueda resultarnos más fecundo en frutos de oración, de penitencia y de fidelidades apostólicas, me atrevo a invitaros a todos a la alegría y a esforzaros “por crear las condiciones para que las energías salvíficas puedan ser comunicadas a cada uno”.

En la enumeración de motivos que me mueven para dirigirme vosotros, quiero destacar con viva satisfacción, otra feliz coincidencia: los **Cien años** de concesión del título de “Ciudad” a la entrañable e industriosa población de Ponferrada. Su importancia en la historia y en la geografía de la evangelización de generaciones de familias y de pueblos, merece ser analizada y destacada por los estudiosos cultivadores de la historia de la Iglesia en España: antes de serle concedido el título civil de “**Ciudad**” y desde que lo disfruta.

**Exposición de  
las Edades del  
Hombre**

Sin entrar en detalles, cuya sola enumeración excedería la amplitud de esta Carta, es de justicia destacar que Ponferrada no sería lo que es ni lo que ha sido a lo largo de los siglos, si no hubiera sido inspirada por la fe cristiana y ser a la vez promotora de la evangelización de la cultura y de la configuración de sus gentes y de los pueblos que han nacido y crecido en torno a ella. No se le ha regalado el rango de **Ciudad** -“civitas” formadora y educadora de hombres-; se le ha hecho justicia reconociéndoselo.

Quiero también resaltar la coincidencia de este **Jubileo de gracia** con la celebración de los primeros **Cincuenta años** del Colegio diocesano de San Ignacio, con todo lo que ha significado para miles de jóvenes y centenares de familias de Ponferrada y del Bierzo: la labor generosa, paciente, tesonera y solícita de docentes y educadores cristianos que han sido capaces de consolidar y orientar luminosamente la formación cultural y la configuración religiosa y moral, con un incansable cincelado luminoso del espíritu cristiano de cincuenta promociones de alumnos.

## **La oración**

Agradecer a Dios estos cincuenta años de trabajo de educadores y profesores, tanto sacerdotes como laicos, de colaboración ejemplar de familias, y del trabajo serio y esforzado de alumnos, es un gozoso y desafiante deber de toda la Diócesis, y lo es, sobre todo, de las familias bercianas que han tenido la suerte de beneficiarse más directa e inmediatamente de este rico tesoro de esfuerzos, puestos a su disposición por la Diócesis y por los profesionales que han consagrado sus vidas a esta tarea. En el cielo confiamos que disfruten del gozo de haber derrochado en esta misión sus mejores energías los cualificados educadores y profesores que ya el Señor ha llamado a su eterna felicidad.

El acontecimiento cultural de la magna Exposición de las Edades del Hombre, con el título de “YO CAMINO”, nos ha permitido disfrutar durante varios meses del pasado año 2007 en la contemplación de las obras de arte que la fe de la comunidad cristiana ha creado a lo largo de los siglos. Tapices, imágenes, cuadros, piezas de orfebrería... organizadas según el texto evangélico de los discípulos de Emaus y sin olvidar que estamos situados en la ruta Jacobea, han permitido ofrecer una verdadera catequesis a los cientos de miles de visitantes. La Exposición contribuyó, sin duda, a crear ambiente y preparar el Año Jubilar.

## **La parroquia escuela de oración**

### **CAPITULO III.**

#### **“ENERGÍAS SALVÍFICAS” (TMA, 16)**

“*Energías salvíficas*” que la Iglesia pone a nuestra disposición, muy especialmente en estos tiempos fuertes de la gracia que son siempre los **Años**

**Jubilares**, son las que el mismo Jesucristo Resucitado, por su Espíritu Santo, le ha entregado al instituirlos.

*“El que ora, espera; el que no ora, no espera”* (E. Schillebeeckx). En efecto, la oración es también hija de la esperanza. Así lo entiende Jesús, que une el “velad” con el “orad”. Así lo repite el apóstol Santiago al comparar al creyente con el labrador que espera la cosecha cultivando la tierra y orando por la lluvia. (cfr. St. 5, 7-8. 16-17)

Santo Tomás de Aquino nos ayuda a comprender mejor este vínculo estructural entre la oración y la esperanza cuando sitúa a ésta entre la desesperación y la presunción. El desesperado no ora porque no espera nada. El presuntuoso no ora porque cree que puede conseguir por sí mismo lo que desea o necesita. La oración se sitúa en el hueco entre la desesperación y la presunción, es decir, en el hueco de la esperanza. Cuando oramos, reconocemos que solo Dios es salvador. Nosotros no podemos salvar a nadie, ni a nosotros mismos. Pero al orar confiamos en que Dios puede y quiere salvarnos.

## **La Palabra de Dios y los Sacramentos**

Enriquezcamos esta idea desde otra óptica. La oración fortalece y purifica a los dos grandes componentes de la esperanza: el deseo de Dios y la confianza en Él. Fortalece el deseo: *“la oración no sacia nuestra sed de plenitud, sino que, al contrario, la acrecienta”* (G. Greshake). La experiencia de todos los verdaderos orantes atestigua esta afirmación.

Hasta hace poco la parroquia solía ofrecer diversas formas de orar, además de la celebración de los sacramentos. Era frecuente ver en los templos a numerosas personas recogidas en oración personal. Los sacerdotes las atendían personalmente cuando deseaban iniciarse, les ofrecían libros y otros medios a su alcance para orar y las orientaban cuando pedían ayuda para solventar las dificultades que surgían sobre la marcha. Se disponía de más tiempo y había más sacerdotes dedicados a las tareas parroquiales.

Nuestra situación es diferente, porque hoy apenas se reza en los hogares y el ritmo de vida que llevamos nos dificulta el recogimiento y el silencio. Además, la actividad a la que nos vemos sometidos y el bombardeo de noticias y

### **La evangelización misión de la Iglesia**

sensaciones que recibimos de los medios de comunicación nos vacían y nos dispersan. Además, no resulta fácil tener los templos abiertos y a disposición de las personas que desean hacer una visita al Santísimo. En resumen, vemos que, por diferentes causas, apenas se ora y no resulta fácil encontrar guías que inicien en la vida de oración. Por otra parte, no hay que dar por supuesto que el bautizado sabe orar, sino que más bien, hay que partir de la sospecha fundada de que no sabe hacerlo. Y aunque muchas realidades nos invitan a estar pendientes de nosotros, sin embargo seguimos necesitando la oración y no son pocos los que la echan de menos. Tenemos que recuperar la costumbre de que los templos permanezcan abiertos algunas horas cada día, para que los fieles que así lo deseen puedan acudir a orar ante el sagrario. En la naciente Iglesia, los primeros discípulos de Jesucristo Resucitado **“eran perseverantes unánimes en la oración,... con María la Madre de Jesús”** (Hch. 1, 14).

### **La Iniciación Cristiana**

**La Palabra de Dios** ilumina el camino de nuestro peregrinar cotidiano, si la leemos, si la meditamos, si la agradecemos, si hacemos de ella alimento de nuestra fe, de nuestra fortaleza de creyentes, de nuestra caridad de apóstoles enviados por Dios a este mundo nuestro para ser testigos de su Amor; y en todos los Sacramentos instituidos por el Señor sigue actuando Él mismo en ellos cada vez que los celebramos y deseo señalar especialmente la Penitencia sacramental y la sagrada Eucaristía.

Si queremos ser fieles a las leyes fecundas de la vitalidad y de la perseverancia de nuestra fidelidad, como personas individuales y como comunidades de creyentes, necesitamos ser perseverantes en las grandes fidelidades que vivían los primeros cristianos, tal como nos los describe el libro de los Hechos de los Apóstoles: **“Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración”** (Hch. 2, 42).

### **Objetivos de la Iniciación Cristiana**

Este esfuerzo perseverante de fidelidad a las exigencias vitales de la comunión con Dios y con los hermanos, fortaleciendo nuestra fe con la oración, con la Penitencia sacramental frecuente y con la Eucaristía fervorosamente vivida cada semana y cada día (siempre que nos sea posible), la fraternidad alimentada por la caridad, sabiéndonos amados de Dios y capacitados para ser

comunicadores de su mismo amor a todos los hermanos y la esperanza teologal que muestra nuestra condición de discípulos de Jesucristo Resucitado, deberían ser el objetivo más cultivado y el fruto primero y mejor trabajado de lo que nos pide el gran regalo del Año Jubilar que muchos cristianos vendrán a celebrar en la Basílica de la Virgen de la Encina. Ella, como Madre de todos, visitará en peregrinación los diversos santuarios marianos de las cuatro Zonas Pastorales de nuestra Diócesis derramando las abundantes gracias de este Año Jubilar.

## **CAPITULO IV**

### **LA INICIACIÓN CRISTIANA CENTRO DEL EMPEÑO PASTORAL DE LA DIOCESIS**

#### **La catequesis de Iniciación Cristiana**

Todos conocéis, como anteriormente he señalado, que un medio especialmente eficaz para suscitar y cultivar más comprometidamente nuestra fe en Jesucristo y nuestra vocación de miembros de la Iglesia, se ha programado una Misión en la Ciudad de Ponferrada y en las Parroquias de los Arciprestazgos del Bierzo que la han aceptado.

Se trata de una actividad pastoral y misionera de evangelización y de cultivo de la espiritualidad cristiana de fieles y de comunidades, cuyos frutos espirituales y apostólicos sólo la gracia divina es capaz de producir y de difundir en los corazones de los misioneros y de los fieles que, con devoción y con hambre de verdad, tengan la valentía de participar en ella.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, se contempla la Iniciación Cristiana como un proceso de formación y crecimiento, suficientemente amplio y debidamente estructurado, que educa para la vida y la conducta cristiana. La principal acción pastoral de nuestras parroquias tiene que ser la atención catecumenal a los nuevos cristianos, sean niños, jóvenes o adultos. Como ocurría en los primeros siglos, la Iglesia, que vive en un mundo en el que progresa el paganismo, tiene que ser capaz de engendrar ella misma, en su propio seno, los nuevos cristianos. Esa “matriz” de la Iglesia madre es precisamente el catecumenado en su conjunto, incluyendo los momentos fuertes de las celebraciones sacramentales

celebraciones sacramentales.

Los objetivos fundamentales del proceso son cuatro:

1. *Iniciar en la fe.* Su meta es poner la base de la vida cristiana.
2. *Ayudar al cristiano a comprender los fundamentos de la fe.* Busca que la persona conozca y ame lo fundamental de su fe.
3. *Orientar y conducir hacia la comunión eclesial y la corresponsabilidad.* La persona que sigue el proceso de Iniciación, se familiariza con su comunidad y con las mediaciones de dicha comunidad eclesial.
4. *Madurar la fe en su dimensión activa.* Esto supone una estrecha relación entre la fe profesada y la fe vivida, entre el pensamiento y la acción, entre el proyecto evangélico y la organización de la propia actividad.

Es una pena que todavía haya quienes piensen y actúen creyendo que la catequesis es algo infantil, tarea rutinaria de la Iglesia, pensada sólo para niños y, a lo sumo, adolescentes. El sentido y el valor originario de la catequesis es ser la “enseñanza de los apóstoles” (Hch. 2,42) sobre la persona de Jesucristo y su misterio de salvación.

## **La transmisión de la fe en la familia**

La catequesis pertenece a la entraña misma de la Iniciación Cristiana a través de la cual la Iglesia transmite la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe, para que quienes se inician la hagan suya al profesarla. La catequesis de Iniciación Cristiana recibe el nombre de catecumenado, institución viva en la tradición de la Iglesia, cuyo espíritu debe impregnar toda catequesis.

Así pues, la Iniciación Cristiana entendida como catecumenado, no consiste sólo en la preparación para la celebración del Bautismo, la Eucaristía y la Confirmación, aunque estos momentos celebrativos constituyen de hecho la cumbre de diversos momentos del proceso.

Es obvio que para fieles y pastores comprometidos en esta tarea apostólica son especialmente fuertes las dificultades que han de superar para que este esfuerzo pastoral produzca los frutos queridos por Dios. Pero estamos

convencidos de que Dios nunca se deja ganar en generosidad, cuando nosotros ponemos en sus manos los pocos panes de nuestra pobreza, como Jesús lo hizo cuando sació el hambre de la multitud con los siete panes que los discípulos encontraron y supieron darle sin reservas ni condiciones (Cfr. Mt 15, 22 y ss.)

## **CAPITULO V**

### **CORRESPONSABLES EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE**

#### **El diálogo sobre la fe entre los esposos**

Transmitir o comunicar la fe no es misión o tarea reservada a los pastores y catequistas de la comunidad cristiana. Es responsabilidad propia de todos los creyentes de cualquier edad y condición. Para quien de verdad ha llegado a descubrir con gozo el valor de su propia fe, ésta no resulta responsabilidad gravosa, no es una carga. Todo el que hace de la fe el eje y centro de su vida no puede menos de sentir el deseo de compartir con los demás, especialmente los más cercanos, aquello que reconoce como un verdadero tesoro. Cada uno de los creyentes estamos llamados a comunicar a otros la fe a través de todas las relaciones en que se desenvuelve nuestra vida cotidiana.

Todos somos corresponsables en la transmisión de la fe, aunque no todos estemos llamados a desarrollar las mismas tareas. Hoy muchos cristianos no tienen conciencia de esta responsabilidad o, si la tienen, se sienten incapaces de asumirla. Hemos de ayudarles primero a fortalecer y profundizar su fe para que puedan, a su vez, comunicarla a otros. Los laicos cristianos tienen un papel especial e insustituible en la comunicación de la fe en la familia y en los ambientes, con el apoyo de la comunidad cristiana y sus pastores.

En muchas familias se percibe hoy un descuido de todo lo religioso, una escasa valoración práctica por el cultivo de la vida cristiana y, más concretamente, un debilitamiento de los vínculos de pertenencia a la Iglesia. La familia actual se ha ido vaciando en pocos años del contenido religioso y cristiano que ha tenido entre nosotros. Hoy, por lo general, la familia no es una “escuela de fe”, sino un lugar donde se transmite de padres a hijos indiferencia y silencio religioso.

Un número apreciable de padres y madres no se preocupa de iniciar a sus hijos en la fe cristiana, dando lugar al un fenómeno sociológicamente nuevo entre nosotros, cual es la falta de una verdadera iniciación religiosa de sus hijos. Esta situación supone hoy uno de los mayores retos pastorales para la Diócesis.

La familia es para la gran mayoría de nosotros el ámbito en el que las complejas relaciones que establecemos en la vida cotidiana afectan a lo más profundo de nuestra persona porque tocan directamente lo más íntimo de nosotros mismos. Los valores más profundos y los bienes más valiosos los compartimos gratuitamente con los más próximos a nosotros mismos, en el marco de la vida familiar. Es ahí donde estamos llamados a compartir también el tesoro de nuestra fe, dentro del conjunto de relaciones que en ella desarrollamos a lo largo de las diversas etapas de la vida.

No debemos pensar que en la relación con la transmisión de la fe en la familia todo se reduce a la tarea de desarrollar por los padres la educación cristiana de sus hijos. También debemos subrayar la extraordinaria importancia que tienen las relaciones de carácter horizontal, las de los esposos entre sí o las de los hermanos, en relación con la fe. Incluso no podemos ignorar el papel tan activo que los hijos, sean niños o jóvenes, pueden llegar a ejercer ante sus padres en cuestiones de fe.

La unión de los esposos es la relación personal más íntima y profunda que existe entre seres humanos. El matrimonio cristiano hace de esa realidad signo del amor de Dios. Hombre y mujer comprometidos en fidelidad mutua están llamados a compartir todos sus bienes, estableciendo entre ellos una comunicación sincera y profunda. Comparten ideas y sentimientos, proyectos y esperanzas, esfuerzos y sufrimientos, para llevar adelante un proyecto de vida en común.

Muchas veces, incluso entre esposos creyentes, no se llega a compartir en diálogo abierto y sincero la experiencia de la fe. Si la fe es auténtica, constituye un aliento vital inseparable de la vida cotidiana, de las opciones y compromisos que van asumiendo en ella, especialmente en las cuestiones de mayor proyección en su vida, como son las que se comparten en la vida conyugal. Comunicar la fe

### **Los padres primeros responsables de la Iniciación Cristiana**

### **Despertar religioso del niño**

## **Experiencia de oración**

en su vida, como son las que se comparten en la vida conyugal. Comunicar la fe entre los esposos no consiste esencialmente en razonar juntos sobre verdades o contenidos religiosos, sino más bien en manifestar con sencillez el uno al otro la fuerza o debilidad de las propias convicciones, en expresar sinceramente los sentimientos religiosos, en descubrir las dudas o seguridades como petición u oferta de ayuda, en buscar y acoger juntos la presencia de Dios en las realidades cotidianas de la vida compartida. En el contexto de la vida matrimonial, la fe personal de cada uno de los esposos se va transformando en una fe conyugalmente vivida y compartida, en crecimiento común. De esta experiencia brota la oportunidad y la necesidad de orar, celebrar, reflexionar y expresar juntos la fe.

Cuando en la vida de pareja sólo uno de sus miembros se siente guiado por la fe, no puede silenciar su condición de creyentes en la vida común. Una relación respetuosa con las convicciones de ambos no puede ignorar la identidad más profunda de cada uno. Habrá ocasiones y situaciones en las que abiertamente se presente la oportunidad de dialogar y compartir mutuamente sobre los valores, las referencias, las creencias que alientan y orientan las actitudes y compromisos personales que afectan a las decisiones comunes. Una de las tareas permanentes de la vida matrimonial es procurar crecer en el conocimiento y comprensión mutuos, lo que no es posible sin llegar a compartir las experiencias personales de la fe.

## **Desarrollo de la conciencia moral de los hijos**

### **CAPITULO VI LA EDUCACIÓN DE LA FE DE LOS HIJOS**

Nosotros nacimos a la fe en el seno de una familia creyente. Al abrir los ojos a la vida, fuimos descubriendo en el amor y la ternura que recibimos de nuestros padres, especialmente de la madre, una imagen del amor de Dios Padre del que ellos mismos fueron los primeros en hablarnos. También en el hogar escuchamos por primera vez el nombre de Jesús, el Hijo de Dios, y nos ayudaron a dialogar con él en la oración. Nuestra familia nos acompañó a la Iglesia no sólo para pedir nuestro Bautismo, sino también para participar en la vida de la

comunidad: en la celebración de la Eucaristía, en la catequesis y en los compromisos de la caridad cristiana. El mismo Juan Pablo II en uno de los encuentros con los jóvenes les dijo confidencialmente: *“En mi familia aprendí a rezar y a fiarme de Dios”*

Nuestros padres realizaron su tarea en medio de un ambiente social más favorable a la comunicación de la fe desde una convicción profunda y eficaz de su responsabilidad en esa tarea que muchas veces afrontaron con sencillez de recursos intelectuales y pedagógicos.

**Parroquia  
necesaria e  
insuficiente**

Hoy es más necesario que antes cuidar en las familias el despertar religioso de los hijos en sus primeros años y acompañar adecuadamente los pasos sucesivos en el crecimiento de la fe. Los padres cristianos son los primeros educadores de la fe de sus hijos. En las primeras experiencias de la vida del niño los padres deben ayudarle a situar la imagen de Dios que da sentido a todo lo existente. Más que ideas o razonamientos, el niño asimila con naturalidad las actitudes y sentimientos religiosos de sus padres.

**Exigencias de  
las  
estructuras de  
comunión:  
CAP y  
arciprestazgo**

El padre y la madre, junto con otros miembros de la familia y en particular los abuelos, tienen la posibilidad de integrar con toda naturalidad la presencia de Dios en el mundo. Es necesario prestar atención y dedicar tiempo a la educación religiosa de los niños en la vida familiar. En las situaciones y experiencias de la vida cotidiana que expresan las convicciones y motivos de fe que nos animan, manifestamos las actitudes y sentimientos religiosos y desarrollamos de modo imperceptible una verdadera comunicación de la fe.

Tiene un particular significado en el despertar religioso infantil la iniciación en la experiencia de oración. Hablar a Dios, o con Dios, es ponerse ante Él sabiéndolo presente aunque invisible en nuestra vida, es empezar a identificarlo como Alguien con quien es posible entablar una relación personal. Pedir su ayuda o darle gracias en las distintas situaciones es reconocerlo cercano y comprometido con nosotros sus hijos. Es muy importante orar junto a los niños con sencillez hablando con Dios desde las situaciones y necesidades de la vida de cada día. También debemos facilitarles el aprendizaje de algunas fórmulas de

**Bajo la acción  
del Espíritu**

cada día. También debemos facilitarles el aprendizaje de algunas fórmulas de oración que podemos compartir en familia y que facilitan, por otra parte, la participación en la oración comunitaria de la Iglesia. “La oración de la familia prepara para la oración litúrgica. Es, además, en la participación de la oración y celebración litúrgicas de la comunidad cristiana donde la familia, pequeña “iglesia doméstica”, se puede sentir y manifestar mejor como parte viva de la gran comunidad cristiana que es la Iglesia”.

**“Yo estaré con  
vosotros”  
(Mt. 28,20)**

Del mismo modo, los padres, con su ejemplo y sus normas, van sembrando en la vida de sus hijos modelos y pautas de conducta. Se inicia, de esta forma, el desarrollo de la conciencia moral ayudando al niño a diferenciar lo que es valioso de lo que es rechazable e inadecuado. Ayudar a descubrir lo bueno que Dios quiere para nosotros y lo malo que debemos evitar, motivando adecuadamente su aplicación a la vida infantil, sin rigorismos ni permisividad, es una buena base en la educación moral de la vida cristiana.

Hoy en día muchos padres no encuentran el modo de transmitir con naturalidad la fe a sus hijos. En algunos casos, necesitan clarificar y purificar su propia experiencia creyente de dudas o incoherencias. En otras ocasiones, precisan ahondar en su propia vida de fe, pasando de unas ideas y conocimientos, o de unos sentimientos elementales y unas prácticas tradicionales, a una verdadera vivencia comprometida de la fe. Necesitan la ayuda de la comunidad eclesial para madurar como cristianos y poder asumir con garantías la responsabilidad de educar a sus hijos en la fe. Pero no pueden soslayar su función insustituible pensando que la catequesis o la enseñanza religiosa escolar pueden suplir por sí solas su inhibición en la educación cristiana de sus hijos.

## **CAPITULO VII**

### **NUEVO ESTILO DE PASTORAL EN LAS PARROQUIAS**

La parroquia es hoy tan necesaria como insuficiente. Se ha acabado el tiempo de la parroquia autosuficiente. Las parroquias, no son hoy capaces de ofrecer por sí solas toda la variedad de servicios y estímulos para nutrir la fe y la

eclesialidad de los fieles. Por la movilidad, característica del modo actual de vivir, los límites parroquiales se desdibujan. Este fenómeno hace más necesaria la acción concertada de las parroquias y compromete su eficacia pastoral.

La evangelización, las actividades y normativa de nuestro Directorio de Iniciación Cristiana, requieren una auténtica articulación de parroquias que vaya más allá de una buena vecindad y de puntuales ayudas mutuas. Tal articulación pretende potenciarlas al hacerlas converger. Complementándose mutuamente responden a su naturaleza y a su misión mucho mejor que pretendiendo ser autosuficientes.

Esto hace necesario revitalizar y fortalecer la comunión especialmente desde el ámbito de los CAP y de los Arciprestazgos.

Nuestro esfuerzo por modelar la Diócesis con la nueva estructura pastoral de los CAP, despierta esperanza en laicos, religiosos y presbíteros. En otros suscita un interrogante y una reserva cautelosa acerca de su efectiva viabilidad. Tal vez, en algunos, una reacción escéptica e incluso un movimiento de rechazo. Y aunque es comprensible que aquellos que están limitados en sus facultades por la edad o la enfermedad no puedan llevar adelante todo lo que exige el funcionamiento de los CAP, no es comprensible que los demás se sientan dispensados.

**Alegría y  
retos del Año  
Jubilar**

Si la transformación que pretendemos se reduce a una simple reorganización territorial, la esterilidad está asegurada de antemano. Las estructuras vacías sólo generan cansancio y decepción.

Sin embargo la experiencia demuestra que, bajo la acción del Espíritu, allí donde se cultiva la formación básica y actualizada, los retiros espirituales, la praxis de trabajo en equipo, los encuentros de carácter pastoral, la oración individual y comunitaria, intensa y sostenida, modifican nuestras actitudes y comportamientos pastorales y florece, humilde y paciente la esperanza. Cultivaremos la paciencia pastoral en vez de la prisa inmediata y brotará en nuestra vida y trabajo eclesial una alegría que, sin desalojar el sufrimiento, disipará la tristeza que produce amargura.

La tarea de la evangelización que nos sigue encomendando Jesucristo **“Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda creatura”** (Mc. 16, 15) no se apoya en nuestras fuerzas, sino en la promesa de Jesucristo, que no ha fallado en los veinte siglos de historia vivida por la Iglesia, ni fallará en el tiempo de la humanidad, porque Dios es siempre fiel a sí mismo y, en la palabra de su Hijo Resucitado, nos asegura: **“Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo”** (Mt 28, 20).

Antes de ese momento final de su vida en la tierra también nos había dicho: **“No temas rebañito mío; porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino”** (Lc 12, 32).

En su reciente encíclica sobre la Esperanza, el Papa nos recuerda y enseña que nuestra Madre, Santa María, *“es estrella de la esperanza”*.

## **CAPITULO VIII**

### **RELIGIOSIDAD POPULAR EN RELACION CON MARIA**

En el catolicismo se mezclan valiosos elementos de la piedad popular, como las fiestas patronales, sobre todo marianas, con otros no específicamente cristianos. En muchas de nuestras comunidades, la fe está mezclada con un elevado número de creencias no siempre originadas en el Evangelio, por una conducta religiosa que responde más a las costumbres que a la convicción, por unas prácticas religiosas rutinarias, por una falta de coherencia moral y de testimonio de los creyentes en la vida pública.

No nos es fácil valorar ni analizar adecuadamente cuánto debe la fe del pueblo berciano a la influencia maternal de la Virgen desde los primeros momentos de su evangelización, y especialmente desde que apareció de forma providencial la venerada imagen de Nuestra Señora de la Encina. Pero el observador objetivo de la evolución y consolidación de la fe, de la espiritualidad y del culto cristiano en la práctica totalidad de sus parroquias, puede seguir la pista de la presencia maternal de la Madre de Jesús (como es llamada por los primeros discípulos) no sólo en la veneración multiseccular a esta venerada

imagen en nuestra ciudad de Ponferrada, sino en todos los rincones del Bierzo, y las múltiples advocaciones y títulos con los que es también invocada sin excepción en los templos y santuarios de la Diócesis.

Verdaderamente, tenemos que admitir y admirar que, en esta Iglesia particular de Astorga, de la que el Bierzo es una parcela de especial fecundidad en lo que a la devoción mariana se refiere, la Santísima Virgen ha sido y sigue siendo “Estrella de la esperanza”.

*Y si es verdad que “Jesucristo es la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia,... para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su “sí” abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros? (Benedicto XVI, Spe salvi, 49)*

Celebrar, por tanto, **Cien años** de la Coronación de esta entrañable y venerada imagen de la Virgen de la Encina, y los **Cincuenta años** de su declaración como Patrona del Bierzo por Su Santidad Pío XII es una alegría y un reto:

**Alegría**, porque la sabemos en el cielo muy maternalmente unida a nosotros, sus hijos, para ayudarnos a **“hacer lo que Jesús nos diga”** –como lo hizo en Caná con los servidores del banquete de bodas (Jn 2, 5), y *“para mostrarnos a Jesús, fruto bendito de su vientre” (Oración “Salve Regina”).*

**Y reto**, porque a todos y a cada uno Ella nos sigue pidiendo y encomendando la tarea encargada por su divino Hijo, Jesús, de ser sus testigos y anunciadores en todos los rincones de nuestro mundo en los que vivimos y trabajamos.

La celebración del Año Jubilar exige siempre una dimensión social a favor de los más pobres y marginados. He pedido que, con ocasión de este Año Jubilar, se proponga un proyecto social en favor de los que llevan en su rostro la imagen de Cristo, los pobres y necesitados. Este proyecto será realidad al final de este Año de gracia.

El año Jubilar debe fomentar la esperanza:

- En nuestras familias, tan necesitadas de salud espiritual para aceptar el compromiso de iniciar y fomentar la fe en sus hijos en colaboración con las parroquias

- En nuestros niños y jóvenes, tan zarandeados por el laicismo y el ateísmo que nos amenazan con cegar la mirada de los sencillos con la oscuridad de quienes viven en la caverna de la increencia.

- En nuestros centros de enseñanza, de los que se quiere barrer la formación y la educación religiosa cristiana, para convertir a los alumnos en marionetas de las ideologías agnósticas.

- En las instituciones sociales de servicio al pueblo, en las que cada día son más urgentemente necesarios profesionales de la sanidad, de la política, de la comunicación social, de la verdadera cultura, de la enseñanza y de la educación, cristianos convencidos de que la verdadera fe debe ser introducida en la cultura para que pueda “transformar el mundo de selvático en humano y de humano en cristiano, según el corazón de Dios” (Pío XII).

Son muchas las ayudas con que contamos, para ser fieles al cometido que tenemos encomendado de ser discípulos y testigos tan humildes como entusiastas de Jesús Resucitado.

Contamos con la presencia viva de la gracia divina en sus Sacramentos, con la protección de María que nos precede como signo de consuelo y de esperanza, animadora de la fe de la totalidad de las parroquias de nuestra Diócesis.

La celebración del Centenario de la Coronación canónica de Nuestra Señora de la Encina nos ofrece una ocasión privilegiada para encontrarnos de nuevo con las raíces de nuestra fe e identidad cristiana y, al mismo tiempo, confío que marque un punto de resurgimiento, avivado por el fuego que mantiene la Virgen en el corazón de cada berciano y de cada diocesano.

Con esta confianza, y con el gozo de compartir con todos vosotros esta seguridad en la ternura maternal de Santa María, os bendice.

+ *Camilo, Obispo de Astorga*

